

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Grandioso Cumpleaños

NO. 1330

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE DICIEMBRE, 1876
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

“Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”. – Lucas 2:10.

No hay ninguna razón sobre la tierra, fuera de la costumbre eclesiástica, para que el 25 de Diciembre deba ser considerado como el cumpleaños de nuestro Señor y Salvador Jesucristo de preferencia a cualquier otro día entre el primero de Enero y el último día del año; y, sin embargo, algunas personas guardan la Navidad con una reverencia mucho más profunda que el día del Señor. Oirán que se afirma con frecuencia que “la Biblia y sólo la Biblia es la religión de los protestantes”, pero no es así. Hay protestantes que han incorporado a su religión muchas cosas más, además de la Biblia, y entre otras cosas han aceptado la autoridad de lo que ellos llaman: “la Iglesia”, y por esa puerta ha entrado todo tipo de supersticiones. No hay ninguna autoridad de ningún tipo dada en la palabra de Dios para la observancia de la Navidad, y no hay ninguna razón para guardarla ese preciso día, excepto que la sección más supersticiosa de la cristiandad ha establecido como regla que el 25 de Diciembre ha de ser observado como el nacimiento del Señor, y la iglesia establecida por ley en este país se ha comprometido a seguir esa misma práctica. Ustedes no están bajo ninguna obligación de ningún tipo de observar dicha regulación. No le debemos ninguna lealtad a los poderes eclesiásticos que han establecido un decreto sobre este asunto, pues nosotros pertenecemos a una iglesia anticuada que no se atreve a dictar leyes, sino que se contenta con obedecerlas. Por otro lado, ese día no es en nada peor que cualquier otro, y si deciden observarlo, y observarlo para el Señor, no dudo de que Él aceptará su devoción; pero si no lo observaran, y no lo observaran para el Señor, por temor de fomentar la superstición y la adoración de la voluntad, no dudo de que serán aceptados en su inobservancia como hubieran podido serlo en su observancia. Con todo, como los pensamientos de una gran cantidad de cristianos se enfocarán al nacimiento de Cristo en esta época, y como esto no puede ser malo, juzgué prudente valernos de la corriente prevaleciente y flotar sobre

la corriente de ese pensamiento. Nuestras mentes se unirán a la tendencia general y ya que muchas personas en torno nuestro siguen costumbres alusivas, obtengamos todo el bien que podamos de la ocasión. No puede haber ninguna razón para que no consideremos ahora el nacimiento de nuestro Señor Jesús, y más bien pudiera ser útil que lo hagamos. Vamos a hacer de manera voluntaria lo que rehusaríamos hacer como algo obligatorio; haremos, simplemente por razones de conveniencia, lo que no pensaríamos hacer si nos fuese impuesto por la autoridad o fuese exigido por la superstición.

Los pastores estaban vigilando sus rebaños durante la noche; probablemente era una noche tranquila y apacible, en la que sentían la usual dificultad de mantener abiertos sus cansados párpados según el sueño les iba reclamando sus derechos. De pronto, para sorpresa suya, un potente resplandor iluminó los cielos y convirtió a la medianoche en un mediodía. La gloria del Señor, por lo cual se quiere significar, de acuerdo al sentido del lenguaje, la mayor gloria concebible así como la gloria divina, los rodeó y los alarmó, y en su medio vieron un espíritu resplandeciente, una forma cuya similitud no habían contemplado nunca antes, pero de la que habían oído hablar a sus padres, y sobre la que habían leído en los libros de los profetas, de tal manera que sabían que se trataba de un ángel. Ciertamente no era ningún común mensajero del cielo, sino “el ángel del Señor”, ese ángel de presencia majestuosa, cuyo privilegio consiste en ser el ángel más cercano a la majestad celestial, “doblemente resplandeciente en medio de los seres resplandecientes”, y en ser utilizado en las misiones de mayor trascendencia del trono eterno. “Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor”. ¿Te asombra que al principio tuvieran miedo? ¿No te alarmarías si algo parecido te sucediera a ti? La quietud de la noche, lo repentino de la aparición, el extraordinario esplendor de la luz, el aspecto sobrenatural del ángel, todo tendía a asombrarlos y a infundirles un estremecimiento de alarma reverencial, pues no dudo de que hubiera una mezcla tanto de reverencia como de miedo en ese sentimiento que es descrito así: “y tuvieron gran temor”. Se habrían postrado rostro en tierra sumidos en el terror de no haber sido porque de esa “gloria del Señor” salió una voz afectuosa que les dijo: “No temáis”. Fueron tranquilizados por ese dulce consuelo, y fueron capacitados para escuchar el anuncio que siguió. Luego esa voz, en acentos dulces como la notas de una campana de plata, prosiguió diciendo: “He aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor”. Se les pidió que desecharan todo pensamiento de temor y que se entregaran al gozo. Sin duda lo

hicieron, y en toda la humanidad no hubo nadie tan feliz a esas altas horas de la noche como aquellos pastores que habían visto un asombroso espectáculo que jamás olvidarían, y que ahora consideraban si no se debían apresurar para ver un espectáculo que sería más deleitable aún, es decir, al Bebé del que les habló el ángel.

Que nos sobrevenga un gran gozo a nosotros también mientras consideramos que *el nacimiento de Cristo es causa de un supremo gozo*. Una vez que hayamos hablado de eso tendremos que preguntarnos, *¿a quién le pertenece ese gozo?*; y en tercer lugar, vamos a considerar *cómo expresar esa dicha* en tanto que la poseen. Que el Espíritu Santo nos revele ahora al Señor Jesús, y nos prepare para regocijarnos en Él.

I. EL NACIMIENTO DE CRISTO DEBERÍA SER UN TEMA DE SUPREMO GOZO. Y con toda razón. Tenemos el mandato del ángel de regocijarnos porque Cristo ha nacido. Es una verdad tan plena de gozo que hizo que se llenara de alegría el ángel que había venido para anunciarla. Él tenía poco que ver con el hecho, porque Cristo no escogió a los ángeles, sino que escogió a la simiente de Abraham; pero yo supongo que el pensamiento mismo de que el Creador esté vinculado con la criatura, que el grandioso Invisible y Omnipotente establezca una alianza con lo que Él mismo creó, provocó que el ángel, como criatura, sintiera que todas las criaturas eran enaltecidas, y eso lo alegró. Además, había una dulce benevolencia de espíritu en el pecho del ángel que lo ponía feliz porque traía tales buenas nuevas a los caídos hijos de los hombres. Si bien ellos no son nuestros hermanos, los ángeles sienten un amoroso interés en todos nuestros asuntos. Ellos se alegran por nosotros cuando nos arrepentimos; son espíritus ministradores cuando somos salvados, y nos transportan a lo alto cuando partimos; y estamos seguros de que no son siervos indispuestos de su Señor, ni renuentes ayudadores de Sus amados. Ellos son amigos del Esposo y se regocijan en Su regocijo; son sirvientes de la casa de la familia de amor y nos atienden con una entusiasta diligencia que evidencia la terneza de sentimiento que guardan por los hijos del Rey. Por esa razón el ángel entregó su mensaje alegremente, como convenía al lugar de donde provenía, al tema que lo hizo descender y a su propio interés en el asunto. Dijo: “Os doy nuevas de gran gozo”, y estamos seguros de que habló con acentos de deleite. Sí, tan alegres estaban los ángeles por este Evangelio que cuando terminó el discurso, habiendo sido un ángel el que evangelizó y entregó el evangelio para el día, de pronto un grupo de coristas apareció y cantó un himno dulce y sonoro para que hubiera un servicio completo en la primera presentación de las

buenas nuevas de gran gozo. Una multitud de las huestes celestiales había oído que un mensajero escogido había sido enviado para proclamar al Rey que había nacido, y, llenos de santo gozo y de adoración, acopiaron fuerzas para seguirlo pues no podían dejar que fuera solo a la tierra en una misión de esa naturaleza. Lo alcanzaron justo cuando terminaba de pronunciar la última palabra de su discurso, luego prorrumpieron en ese famoso cántico coral, el único cántico entonado por ángeles que hubiere sido oído jamás por oídos humanos aquí abajo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Así, digo, tuvieron un servicio completo; hubo un ministerio de predicación del evangelio en un rico discurso concerniente a Cristo, y hubo una devota y sentida loa proveniente de toda una multitud llena de gozo celestial. Era un mensaje tan alegre que no podían permitir que fuera transmitido simplemente por una solitaria voz, aunque se tratara de la voz de un ángel; todos tenían que prorrumpir en un alegre coro de alabanza, cantando al Señor un cántico nuevo.

Hermanos, si el nacimiento de Jesús fue tan jubiloso para nuestros primos los ángeles, ¿qué debería ser para nosotros? Si indujo a cantar a nuestros vecinos que tenían una porción comparativamente tan pequeña en ello, ¿cómo debería alegrarnos a nosotros! Oh, si hizo descender el cielo a la tierra, ¿no deberían nuestros cánticos ascender al cielo? Si la puerta de perla del cielo se abrió de par en par, y una procesión de seres resplandecientes descendió corriendo a los cielos inferiores anticipando el tiempo en que todos ellos descenderán con solemne pompa en el glorioso advenimiento del grandioso Rey; si vació a los cielos por un tiempo para alegrar de tal manera a la tierra, ¿no deberían nuestros pensamientos y nuestras loas y todo nuestro amor verterse hasta llegar a la puerta eterna, dejando a la tierra por un momento para llenar el cielo con los cánticos de seres mortales? Sí, verdaderamente, que así sea.

**“¡Gloria al Rey que ha nacido!
Entonemos todos el himno,
‘Paz en la tierra por una misericordia indulgente;
Dios se ha reconciliado con los pecadores’”.**

Pues, primero, *el nacimiento de Cristo fue la encarnación de Dios*; era Dios quien asumía la naturaleza humana: un misterio, un asombroso misterio, algo que debe creerse más bien que definirse. Con todo, fue así que en el pesebre yacía un tierno infante que era también Infinito, un débil niño que era también el Creador del cielo y de la tierra. Cómo pudo ser ésto no lo sabemos, pero creemos

ciertamente que así fue y nos regocijamos por ello, pues si Dios asume la naturaleza humana, entonces la humanidad no está abandonada ni es considerada como desahuciada. Cuando la humanidad quebrantó los lazos del pacto, y arrebató del único árbol que había sido reservado el fruto prohibido, Dios pudo haber dicho: “Renuncio a ti, oh Adán, y desecho a tu raza. ¡Así como deseché a Lucifer y a todas sus huestes, así te abandono para que sigas el camino de rebelión que has elegido!” Pero ahora no tenemos ningún miedo de que el Señor llegue a hacer eso, pues Dios se ha desposado con la humanidad y se ha unido a ella. Ahora la humanidad no es desechada por el Señor como algo completamente maldito, ni es una abominación para Él para siempre, pues Jesús, el Bienamado, ha nacido de una virgen. Dios no habría tomado a la humanidad en unión consigo mismo si no hubiese dicho: “No lo desperdicies, porque bendición hay en él”. Yo sé que la maldición cayó sobre los hombres porque pecaron, pero evidentemente no sobre la humanidad en lo abstracto, pues de otro modo Cristo no hubiera venido para asumir la forma de un hombre y nacer de una mujer. El Verbo hecho carne significa esperanza para la humanidad a pesar de su caída. La raza no ha de ser proscrita ni marcada con la marca de la muerte y del infierno, ni ha de ser entregada completamente a la destrucción, pues, he aquí, el Señor se ha desposado con la raza, y el Hijo de Dios se ha convertido en el Hijo del hombre. Esto basta para hacer que todo lo que hay en nuestro interior cante de gozo.

Luego, también, si Dios ha tomado a la humanidad en unión consigo mismo, entonces ama al hombre y tiene buenas intenciones para con él. ¡Mirad cuál amor nos ha dado Dios para que contraiga esponsales con nuestra naturaleza! Pues Dios no se había unido nunca antes a ninguna criatura de esa manera. Su entrañable misericordia había estado siempre sobre todas Sus obras, pero ellas eran todavía tan distintas de Sí mismo que una gran sima estaba puesta entre el Creador y lo creado, en lo que respecta a la existencia y la relación. El Señor había creado muchas nobles inteligencias, principados y potestades de los que poco sabemos; ni siquiera sabemos qué pudieran ser esas cuatro criaturas vivientes que son las más cercanas a la presencia eterna; pero Dios no había asumido nunca la naturaleza de ninguna de ellas, ni se había aliado con ellas por medio de una unión real con Su persona. Mas he aquí que se ha aliado con el hombre, esa criatura un poco menor que los ángeles, esa criatura que ha de sufrir la muerte en razón de su pecado; Dios ha entrado en unión con el hombre, y por tanto, con toda seguridad lo ama indeciblemente, y tiene grandes pensamientos de bien para él. Si el hijo de un rey se casa con una hija de un pueblo rebelde,

entonces para esa raza rebelde hay perspectivas de reconciliación, perdón y restauración. En el grandioso corazón del Ser Divino debe de haber maravillosos pensamientos de piedad y de amor condescendiente, cuando se digna tomar la naturaleza humana en unión consigo mismo. Hay gozo, gozo eterno; hagamos resonar el sonoro címbalo del deleite, pues la encarnación es un buen presagio para nuestra raza.

Si Dios se ha unido a la humanidad, entonces Dios se compadecerá del hombre, se apiadará del hombre, recordará que es polvo y tendrá compasión de sus debilidades y flaquezas. Ustedes saben, amados, cuán agradadamente es así, pues ese mismo Jesús que nació de una mujer en Belén, se compadece de nuestras debilidades habiendo sido tentado en todo según nuestra semejanza. Si no se hubiese hecho hombre, nuestro grandioso Sumo Sacerdote no habría poseído una simpatía práctica tan íntima. Si no se hubiese hecho también hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne, no habría tenido una perfecta identificación con nosotros ni siquiera por ser divino. El Capitán de nuestra salvación sólo podía ser perfeccionado por aflicciones; era necesario que como los hijos eran partícipes de carne y sangre, Él mismo tomara parte de lo mismo. Por esto podemos hacer tañer las campanas de plata otra vez, puesto que ahora el Hijo de Dios simpatiza íntimamente con el hombre porque es hecho en todo semejante a Sus hermanos.

Además, es claro que si Dios condesciende a establecer una alianza tan íntima con la humanidad, tiene la intención de liberar al hombre y bendecirlo. La encarnación profetiza salvación. Oh, alma creyente, tu Dios no puede tener la intención de maldecirte. ¡Mira al Dios encarnado! ¿Qué lees allí sino salvación? Dios encarnado tiene que significar que Dios tiene la intención de poner al hombre sobre todas las obras de Sus manos, y de darle dominio, conforme a Su intención original, sobre todas las ovejas y bueyes y todo lo que pasa por los senderos del mar y del aire; sí, tiene que significar que ha de haber un Hombre bajo cuyos pies serán puestas todas las cosas, de tal manera que incluso la muerte misma estará sujeta a Él. Cuando Dios se inclina al hombre tiene que significar que el hombre ha de ser levantado hasta Dios. ¡Qué gozo hay en esto! ¡Oh que nuestros corazones estuvieran por lo menos vivos a medias a la encarnación! ¡Oh, que al menos supiéramos la milésima parte del indecible deleite que está oculto en este pensamiento: que el Hijo de Dios nació como un ser humano en Belén! Así ven que hay una desbordante causa de gozo en el nacimiento de Cristo, porque fue la encarnación de la Deidad.

Pero, adicionalmente, el ángel explicó el motivo de nuestro gozo diciendo que *quien nació era para nosotros un Salvador*. “Os ha nacido hoy... un Salvador”. Hermanos y hermanas, yo sé quiénes se alegrarán más hoy pensando que Cristo se encarnó para ser un Salvador. Serán aquellos que están más conscientes de su condición de pecadores. Si quieren extraer música de esa arpa de diez cuerdas: de la palabra “Salvador”, dénsela a un pecador. “Salvador” es el arpa, pero “pecador” es el dedo que tiene que tocar las cuerdas para producir la melodía. Si reconoces que estás perdido por naturaleza, y perdido por la práctica, si sientes el pecado como una plaga en tu corazón, si el mal te cansa y te aflige, si has conocido el peso y la vergüenza de la iniquidad, entonces será una bienaventuranza para ti oír acerca de ese Salvador que es provisto por Dios. Aun como un bebé, Jesús el Salvador es precioso para ti, pero sobre todo lo es porque ha concluido ahora toda la obra de tu salvación. Tú pondrás tu mirada en el comienzo de esa obra, y la inspeccionarás hasta su conclusión, y bendecirás y engrandecerás el nombre del Señor. A ustedes, oh a ustedes, que son los peores pecadores, incluso a ustedes que están conscientes de ser culpables, les ha nacido un Salvador. Él es un Salvador por nacimiento; nació para cumplir ese propósito. Salvar a los pecadores es Su derecho de nacimiento y Su oficio. Salvar a los perdidos es a partir de ahora una institución del dominio divino, y un oficio de la naturaleza divina. A partir de ahora Dios ha delegado la ayuda en Uno que es poderoso, y ha exaltado a Uno elegido del pueblo, para buscar y salvar lo que se había perdido. ¿Acaso no hay gozo en esto? ¿Dónde más hay alegría si no es aquí?

El ángel nos dice en seguida que *este Salvador es Cristo el Señor*, y hay mucha alegría en ese hecho. “Cristo” significa *ungido*. Ahora, cuando sabemos que el Señor Jesucristo vino para salvar, es sumamente agradable percibir adicionalmente que el Padre no le permite iniciar Su misión sin la calificación necesaria. Él es ungido por el Altísimo para cumplir con Sus oficios que ha asumido: el Espíritu del Señor reposó sobre Él sin medida. Nuestro Señor es ungido en un triple sentido: como profeta, sacerdote y rey. Se ha observado apropiadamente que este ungimiento, en su triple poder, nunca reposó en ningún otro hombre. Ha habido profetas-reyes, por ejemplo, David; hubo un sacerdote-rey, Melquisedec; y ha habido también profetas-sacerdotes, tales como Samuel. Así ha sucedido que dos de los oficios han estado unidos en un hombre, pero todos los tres: profeta, sacerdote y rey, nunca se juntaron en un ser tres veces ungido sino hasta que vino Jesús. Tenemos la más plena unción concebible en Cristo, quien es ungido con el óleo de alegría

más que a sus compañeros, y como el Mesías, el Enviado de Dios, está completamente preparado y calificado para toda la obra de nuestra salvación. Nuestros corazones deben alegrarse. No tenemos un Salvador nominal, sino un Salvador equipado plenamente; uno que en todo es semejante a nosotros, pues es hombre, pero en todo es idóneo para brindar ayuda a la debilidad que asumió, pues Él es el hombre ungido. Vean qué íntima mezcla de lo divino y de lo humano se encuentra en el cántico de los ángeles. Cantan con respecto a Él como “un Salvador”, y un Salvador, para salvar de la muerte y del infierno, tiene que ser divino necesariamente; y con todo, el título es tomado de Sus tratos con la humanidad. Luego cantan de Él como “Cristo”, y eso tiene que ser humano, pues sólo un hombre puede ser ungido aunque esa unción provenga de Dios. Hagan sonar las trompetas del jubileo por este Ser maravillosamente ungido, y regocíjense en Aquel que es su sacerdote que los limpia, su profeta que los instruye, y su rey que los libera. Los ángeles cantaron de Él como Señor, y aun así, como alguien que había nacido; entonces aquí lo divino en dominio es unido con lo humano en nacimiento. Cuán bien coincidieron las palabras y el sentido.

El ángel prosiguió dándoles a esos pastores otro motivo de gozo diciéndoles que si bien el Salvador había nacido para ser el Señor, también *había nacido tan humildemente* que encontrarían al bebé envuelto en pañales, recostado en un pesebre. ¿Hay motivo de gozo en eso? Yo digo que sí lo hay, pues el terror a la Deidad es lo que mantiene alejados de la reconciliación a los pecadores; pero vean cómo la Deidad se ha ocultado agraciadamente en un bebé, en un tierno infante, un bebé que necesitaba ser envuelto en pañales como cualquier otro niño recién nacido. ¿Quién teme acercarse? ¿Quién oyó de temblar en la presencia de un bebé? Con todo, la Deidad está allí. Alma mía, cuando de puro asombro no puedas estar de pie sobre el mar de cristal mezclado con fuego, cuando la gloria divina sea como un fuego consumidor para tu espíritu, y la sagrada majestad del cielo sea completamente sobrecogedora para ti, entonces acércate a este bebé, y di: “Sin embargo Dios está aquí, y aquí puedo reunirme con Él en la persona de Su amado Hijo, en quien habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente”. Oh, qué bienaventuranza hay en la encarnación si recordamos que allí desciende la omnipotencia de Dios hasta la debilidad del hombre, y la infinita majestad se inclina a la endeblez del hombre.

Ahora fíjense que los pastores no iban a encontrar a este bebé envuelto en púrpura de Tiro ni envuelto en telas escogidas traídas desde lejos.

**“Ninguna corona engalana Su hermosa frente,
No hay perlas, ni joyas ni seda allí”.**

Tampoco lo descubrirían en los salones de mármol de los príncipes, ni custodiado por legionarios pretorianos, ni atendido por soberanos vasallos, sino que lo encontrarían como el bebé de una mujer campesina, de linaje principesco, es cierto, pero de una familia cuya cepa estaba seca y olvidada en Israel. El muchacho era conocido como el hijo de un carpintero. Si contemplaras al humilde padre y a la madre, y al pobre lecho que habían preparado donde antes se habían alimentado los bueyes, dirías: “Esto es, en verdad, condescendencia”. Oh, ustedes que son pobres, alégrese, pues Jesús nació en la pobreza, y fue acunado en un pesebre. Oh, ustedes, hijos de la fatiga, regocíjense, pues el Salvador ha nacido de una humilde virgen, y un carpintero es su padre adoptivo. Oh, ustedes, personas que son a menudo humilladas y pisoteadas, el Príncipe de la Democracia ha nacido, uno escogido del pueblo es exaltado al trono. Oh, ustedes, que se denominan a sí mismos ‘la aristocracia’, contemplen al Príncipe de los reyes de la tierra, cuyo linaje es divino, pero, a pesar de ello, no hay lugar para Él en el mesón. Contemplen, oh varones, al Hijo de Dios, quien es hueso de su hueso, íntimo conocedor de todas sus aflicciones, quien en Su vida posterior pasó hambre igual que ustedes, sintió cansancio como lo sienten ustedes, y vistió humildes ropas como las de ustedes; sí, sufrió una mayor pobreza que la de ustedes, pues Él no contaba con ningún lugar donde reclinar Su cabeza. Alégrese cielos y tierra, ya que Dios ha descendido al hombre tan plena y tan verdaderamente.

Y esto no es todo. El ángel pidió que se alegraran y yo también pido lo mismo, sobre esta base: que *el nacimiento de este niño traería gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres*. El nacimiento de Cristo ha dado tal gloria a Dios como no he sabido que hubiera podido recibirla jamás de aquí por ningún otro medio. Debemos hablar siempre con acentos suaves y bajos cuando hablamos de la gloria de Dios; en sí misma ha de ser siempre infinita y no puede ser concebida por nosotros, y sin embargo, ¿no podríamos aventurarnos a decir que todas las obras de las manos de Dios no lo glorifican tanto como el don de Su amado Hijo; que toda la creación y toda la providencia no exhiben tan bien el corazón de la Deidad como cuando Él entrega a Su Unigénito y lo envía al mundo para que los hombres vivan gracias a Él? ¡Qué sabiduría es manifestada en el plan de redención del cual el Dios encarnado es el centro! ¡Qué amor es revelado allí! ¡Qué poder es el

que hizo descender desde la gloria hasta el pesebre al Ser divino; únicamente la omnipotencia pudo haber obrado una maravilla tan grande! ¡Qué fidelidad a las antiguas promesas! ¡Qué veracidad en guardar el pacto! ¡Qué gracia, y sin embargo, qué justicia! Pues era en la persona de ese niño recién nacido que la ley debía cumplirse, y era en Su precioso cuerpo que la venganza debía encontrar la recompensa por los daños infligidos en contra la justicia divina. Todos los atributos de Dios eran a la vez exhibidos y velados en ese tierno niño de manera sumamente maravillosa. Conciban al sol entero concentrado en un solo punto y sin embargo, revelado tan levemente como para ser tolerable para el ojo más tierno; de igual manera Dios desciende al hombre para que le viera nacer de una mujer. Piensen en eso. ¡La expresa imagen de Dios en carne mortal! ¡El heredero de todas las cosas acunado en un pesebre! ¡Eso es maravilloso! ¡Gloria a Dios en las alturas! Él no se ha revelado nunca antes como ahora se manifiesta en Jesús.

Es gracias al nacimiento de nuestro Señor Jesús que hay ya una medida de paz en la tierra y una ilimitada paz venidera. Los dientes de la guerra ya han sido quebrados de alguna manera, y los fieles dan un testimonio contra este gran crimen. La religión de Cristo pone en alto su escudo sobre los oprimidos, y declara que la tiranía y la crueldad son despreciables ante Dios. A pesar de los abusos y escarnios que pudieran ser amontonados sobre el verdadero ministro de Cristo, él no callará mientras haya nacionalidades y razas pisoteadas necesitadas de su intervención, y los siervos de Dios no cesarán en ningún lugar de mantener la paz entre los hombres hasta el límite de su poder, mientras sean fieles al Príncipe de Paz. Viene el día cuando este creciente testimonio prevalecerá, y las naciones no aprenderán ya más a hacer la guerra. El Príncipe de Paz romperá la lanza sobre su rodilla. Él, el Señor de todo, quebrará las flechas del arco, la espada y el escudo y la batalla, y lo hará en Su propia morada, en Sion, que es más glorioso y excelente que todos los montes de caza. Tan ciertamente como Cristo nació en Belén hará todavía que todos los hombres sean hermanos, y establecerá una monarquía universal de paz que no tendrá término. Por tanto, si valoramos la gloria de Dios hemos de cantar, pues el niño que ha nacido la revela; y si valoramos la paz en la tierra hemos de cantar, pues Él ha venido a traerla. Sí, y si amamos el vínculo que liga al cielo glorificado con la tierra pacificada, la buena voluntad para con los hombres que el Eterno manifiesta en esto, agreguemos una tercera nota a nuestros aleluyas y bendigamos y engrandezcamos a Emanuel, Dios con nosotros, que ha realizado todo esto por Su

nacimiento entre nosotros. “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”

Creo que les he mostrado que había suficiente lugar para el gozo entre los pastores, pero ustedes y yo, que vivimos en días postreros, cuando entendemos todo el asunto de la salvación, deberíamos estar todavía más alegres que ellos, aunque glorificaron y alabaron a Dios por todas las cosas que habían visto y oído. Vamos, hermanos míos, hagamos al menos tanto como lo que hicieron esos sencillos pastores, y regocijémonos con toda nuestra alma.

II. En segundo lugar, consideremos A QUIÉNES PERTENECE ESTE JÚBILO. Mi espíritu estaba muy abatido ayer, pues este clima inclemente tiende a deprimir grandemente la mente.

**“Ninguna alondra podría lanzar sus trinos
Bajo cielos tan lúgubres y grises”.**

Pero se me vino un pensamiento que me llenó de intensa dicha. Se los digo, no porque vaya a parecerles algo, sino porque me alegró. Me incumbe básicamente a mí y es como para ponerlo en paréntesis; es esto: que el gozo del nacimiento de Cristo en parte *pertenece a quienes lo declaran*, pues los ángeles, que lo proclamaron estaban sumamente alegres, tan alegres como la alegría misma. Pensé en esto y susurré en mi corazón: “Puesto que voy a hablar de Jesús nacido en la tierra por los hombres, voy a permitirme estar también alegre, alegre al menos por llevarles ese mensaje”. Se me salieron las lágrimas, y allí están presentes incluso ahora, pensando que tengo el privilegio de decirles a mis congéneres: “Dios ha condescendido a asumir la naturaleza de ustedes para salvarlos”. Estas son palabras tan grandiosas y alegres como las que pudiera haber pronunciado el varón de la boca de oro. En cuanto a Cicerón y Demóstenes, esos elocuentes oradores no tenían un tema semejante sobre el cual hablar. ¡Oh, cuánta dicha, cuánta dicha, cuánta dicha! Nació en este mundo un varón que es también Dios. Mi corazón danza como David danzó delante del arca de Dios.

Este gozo no estaba destinado únicamente para los transmisores de las buenas nuevas, sino *para todos los que las oyeran*. Lean de esta manera: “todo *el* pueblo”, si quieren, pues así, tal vez, podría requerirlo la letra del original. Bien, entonces, significaba que era una dicha para toda la nación de los judíos; pero, con toda seguridad, nuestra versión es más fiel al espíritu interno del texto; que Cristo hubiera nacido es gozo para todo el pueblo sobre la faz de

la tierra. No hay una nación bajo el cielo que no tenga el derecho de alegrarse porque Dios descendió a los hombres. Canten juntos, ustedes, lugares baldíos de Jerusalén. ¡Recojan la melodía, oh ustedes habitantes del yermo y alégrense las muchas costas! Ustedes que debajo de la zona frígida sienten en su propia médula toda la fuerza del viento del norte de Dios, dejen que sus corazones ardan en su interior por esta feliz verdad. Y ustedes, cuyos rostros son quemados por el calor del tórrido sol, dejen que esto sea como un pozo de agua para ustedes. Alégrense y engrandezcan a Jehová porque Su Hijo, Su Unigénito, es también un hermano de la humanidad.

¡“Oh, despertemos nuestros corazones y cantemos con alegría!
Y cada uno aclame al Rey que ha nacido,
Hasta que un cántico vivo proveniente de almas vivas
Discurra como el sonido de potentes aguas”.

Pero, hermanos, no todos se regocijan, ni siquiera todos aquellos que conocen esta gloriosa verdad, y no conmueve los corazones ni de la mitad de la humanidad. Entonces, ¿para quiénes es un goce? Yo respondo que *para todos los que creen*, y, especialmente, para todos lo que creen como creyeron los pastores con esa fe que no vacila por culpa de la incredulidad. Los pastores no tuvieron nunca ninguna duda: la luz, los ángeles, y el cántico bastaron para ellos; aceptaron las alegres nuevas sin hacer ni una sola pregunta. En esto los pastores fueron sabios y experimentaron una dicha a la vez, sí, más sabios que los que querían ser sabios, cuya sabiduría sólo puede manifestarse en cavilaciones. Esta presente edad desprecia la sencillez de una fe infantil, pero cuán maravillosamente Dios reprende su engreimiento. Atrapa a los sabios en su propia astucia. No podía dejar de advertir en el reciente descubrimiento de las famosas ciudades griegas y en los sepulcros de los héroes, el vigoroso reproche que el espíritu de escepticismo ha recibido. Estos sabios escépticos han sido enfrentados en su propio terreno y han sido confundidos. Por supuesto que nos dijeron que el viejo Homero era, él mismo, un mito, y que el poema que lleva su nombre era una mera colección de leyendas infundadas y de meros cuentos. Algún antiguo cantor tejió sus sueños y los hizo poesía y los impuso en nosotros como el canto del ciego trovador: no había realidad en ello, decían, ni tampoco en ninguna historia actual; todo era pura leyenda. Hace tiempo estos caballeros nos dijeron que no había ningún rey Arturo, ningún Guillermo Tell, ni nadie más, en verdad. Así como cuestionaron a todos los escritos sagrados, así han sospechado de todo lo demás que creen los hombres comunes. Pero, he aquí, las

ciudades antiguas hablan, los héroes son descubiertos en sus tumbas; la fe del niño es vindicada. Han desenterrado al rey de los hombres, y este y otros asuntos hablan con voces de trueno al oído incrédulo, y dicen: “Ustedes, insensatos, los simplones creyeron y fueron más sabios de lo que su “cultura” los hizo a ustedes. Sus dudas interminables los han conducido a la falsedad y no a la verdad”.

Los pastores creyeron y se alegraron hasta donde pudieron, pero si el Profesor_____ (no importa su nombre) hubiera estado allí aquella memorable noche ciertamente habría debatido con el ángel y habría negado que se necesitara un Salvador del todo. Habría tomado algunas notas fríamente para una conferencia acerca de la naturaleza de la luz, y habría comenzado una disquisición sobre la causa de ciertos notables fenómenos nocturnos que habían sido vistos en los campos cerca de Belén. Sobre todo les habría asegurado a los pastores la absoluta inexistencia de cualquier cosa sobrehumana. ¿Acaso no han demostrado esa imposibilidad decenas de veces los estudiosos de nuestra época con suficientes argumentos para convencer a un poste de madera? Han demostrado muy claramente, como que tres por dos son dieciocho, que no hay ningún Dios, ni ángel ni espíritu. Han demostrado más allá de toda duda, en cuanto a su propio dogmatismo, que ha de dudarse de todo por seguro que sea, y que no debe creerse nada excepto la infalibilidad de los pretendientes a la ciencia. Pero estos hombres no encuentran ningún consuelo, y no son tampoco tan débiles como para necesitar un consuelo, según dicen. Su enseñanza no son buenas nuevas sino una desventurada negación, una helada mortífera que poda todas las nobles esperanzas en flor, y en el nombre de la razón le roba al hombre su verdadera felicidad. Seamos tan filosóficos como los pastores, pues no creyeron demasiado, sino que simplemente creyeron lo que había sido debidamente atestiguado, y encontraron que eso era verdad con base en una investigación personal. En la fe radica el gozo. Si nuestra fe puede verlo seremos felices ahora. Esta mañana quiero sentir como si viera la gloria del Señor brillando todavía en los cielos, pues estaba allí, aunque yo no la viera. Hubiera deseado ver a ese ángel, y oírlo hablar; pero, puesto que no puedo hacerlo, yo sé que en verdad habló, aunque yo no lo haya oído. Tengo certeza de que esos pastores no dijeron mentiras, ni que el Espíritu Santo nos haya engañado cuando ordenó a Su siervo Lucas que escribiera esta historia. Olvidemos el largo intervalo transcurrido y únicamente recordemos que así sucedió realmente. Démonos cuenta de que eso fue ciertamente un hecho, y siempre pueden oír al coro angélico, en lo alto de aquel cielo, cantando

todavía: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” De cualquier manera nuestros corazones ensayan el himno y nosotros sentimos el gozo de ello, creyendo simplemente tal como lo hicieron los pastores.

Fíjense bien que por creer lo que creyeron estos pastores de mentes sencillas *desearon acercarse más* al maravilloso bebé. ¿Qué hicieron sino consultar unidos y decir: “Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido”? Oh amados, si quieren obtener el gozo de Cristo, acérquense a Él. Crean cualquier cosa que oigan acerca de Él en Su propio libro, pero luego digan: “Iré y lo encontraré”. Cuando oigan la voz del Señor desde el Sinaí no se acerquen al monte en llamas pues la ley los condena y la justicia de Dios los sobrecoge. Póstrense a una humilde distancia y adoren con solemne temor. Pero cuando oigan acerca de Dios en Cristo apresúrense a venir aquí. Apresúrense a venir con toda confianza, pues no han de venir al monte que no podía ser tocado, y que ardía con fuego, sino que han de venir a la sangre rociada, que habla mejor que la de Abel. Acérquense, acérquense, más todavía. “Venid”, es Su propia palabra para aquellos que están trabajados y cargados, y es la mismísima palabra que les dirigirá al fin: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Si buscan el gozo en Cristo vengan y encuéntralo en Su pecho o a Sus pies; allí lo encontraron Juan y María hace mucho tiempo.

Y luego, hermanos míos, hagan lo que hicieron los pastores cuando se acercaron. *Se regocijaron al ver al bebé de quien se les había hablado*. Ustedes no pueden ver con el ojo físico, pero tienen que meditar, y ver así con el ojo mental esta magna y grandiosa y gloriosa verdad: que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Esa es la manera de tener gozo hoy, el gozo que desciende apropiadamente del cielo con el descenso del Rey del cielo. Crean, acérquense, y luego pongan fijamente su mirada en Él, y sean así bendecidos.

“Escuchen cómo resuena todo el firmamento:
¡Gloria al Rey de reyes!
Paz en la tierra y misericordia indulgente,
Dios y los pecadores están reconciliados.

Velada en la carne ven a la Deidad;
¡Salve a la Deidad encarnada!,
Quiso venir a los hombres como un hombre,
Jesús, nuestro Emanuel aquí”.

III. Mi tiempo se ha agotado, de lo contrario habría deseado mostrarles, en tercer lugar, CÓMO DEBERÍA SER MANIFESTADO ESE GOZO. Sólo voy a darles un par de sugerencias. Conocemos demasiado bien la manera en que muchos creyentes en la Navidad guardan esa festividad. Este es un país cristiano, ¿no es cierto? Me lo han dicho tan a menudo que supongo que tiene que ser cierto. ¡Es un país cristiano! ¡Pero su cristianismo es de un tipo muy notable! No se trata únicamente de que en los viejos tiempos “la Navidad escanciaba la cerveza más fuerte”, sino que en nuestros días los que guardan la Navidad tienen que emborracharse necesariamente en esa ocasión. No estoy denigrando a mis paisanos cuando digo que la borrachera pareciera ser uno de los principales componentes de su deleite por las festividades navideñas. Si Baco naciera en esta época pienso que Inglaterra guardaría el cumpleaños de esa detestable deidad de manera sumamente apropiada, pero no me digan que es el nacimiento del santo niño Jesús lo que así celebran. ¿Acaso no es Él crucificado de nuevo por esta blasfemia? Ciertamente Jesús les dice a los malvados: “¿Qué tienes que hacer guardando mi cumpleaños y mencionando mi nombre en conexión con tu glotonería y tu ebriedad?” Qué vergüenza que tenga que haber alguna causa para tales palabras. Es diez veces vergonzoso que haya causa de sobra.

Ustedes pueden guardar el cumpleaños del Señor a lo largo de todo el año, pues sería mejor decir que ha nacido cada día del año que en algún día en particular, pues, verdaderamente, en un sentido espiritual, Él nace cada día de cada año en los corazones de algunos seres humanos, y ese es para nosotros un punto de un peso mucho mayor que la observancia de los días santos. Expresen su dicha, primero, como lo hicieron los ángeles, mediante un ministerio público. Algunos de nosotros somos llamados a predicar a muchas personas. Proclamemos al Salvador y Su poder de rescatar al hombre en los tonos más claros y denodados. Otros entre ustedes no pueden *predicar*, pero pueden cantar. Entonces canten sus himnos y alaben a Dios con todo su corazón. No sean displicentes en el devoto uso de sus lenguas, que son la gloria de sus cuerpos, sino que han de elevar sus jubilosos himnos una y otra y otra vez al Rey que ha nacido. Otros entre ustedes no pueden ni predicar ni cantar. Bien, entonces, tienen que hacer lo que hicieron los pastores, ¿y qué es lo que hicieron? Se nos dice dos veces que ellos *dieron a conocer lo que se les había dicho*. Tan pronto como vieron al bebé, dieron a conocer ampliamente lo que se les había dicho, y al regresar a casa glorificaban a Dios. Esta es una de las formas más prácticas de mostrar su gozo. La santa conversación es tan aceptable como los

sermones y los himnos. Hubo también alguien que dijo poco pero por eso mismo reflexionó más: “María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Apacible, dichoso espíritu, sopesa en tu corazón la grandiosa verdad de que Jesús nació en Belén. Emanuel, Dios con nosotros; sopésalo si puedes; míralo una y otra vez, examina las diversas facetas de este brillante sin precio, y bendice y adora y ama y asómbrate y sin embargo adora de nuevo este incomparable milagro de amor.

Por último, *anda y haz el bien a otros*. Como los magos, trae tus ofrendas, y ofrécele al Rey que ha nacido el mejor oro de amor de tu corazón, y el incienso de la alabanza y la mirra de la penitencia. Trae todo lo que sea lo mejor de tu corazón, y también algo de tu riqueza, pues este es un día de buenas nuevas, y no sería conveniente que te aparezcas vacío delante del Señor. Ven y adora a Dios manifestado en la carne, y sé lleno de Su luz y dulzura por el poder del Espíritu Santo. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Lucas 2: 1-21.

Traductor: Allan Román
4/Diciembre/2012
www.spurgeon.com.mx